II DOMINGO DE CUARESMA – 12 de marzo de 2017

SU ROSTRO BRILLABA COMO EL SOL

Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 17, 1-9

1. Seis días después se llevó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y subió con ellos a un monte alto y apartado.

2. Allí se transfiguró delante de ellos: su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron esplendentes como la luz.

3. De pronto se le aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

4. Entonces intervino Pedro y le dijo a Jesús: Señor, viene muy bien que estemos aquí nosotros; si quieres hago aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

5. Todavía estaba él hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y dijo una voz desde la nube: Este es mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto. Escuchadlo.

6. Al oírla cayeron los discípulos de bruces aterrados.

7. Jesús se acercó y les tocó diciéndoles: Levantaos, no tengáis miedo.

8. Alzaron los ojos y no vieron más que al Jesús de antes, solo.

9. Mientras bajaban del monte, Jesús les mandó: No contéis a nadie la visión. Esperad a que este Hombre resucite de la muerte.

Cuando Jesús por primera vez dice a sus discípulos lo que va a pasar en Jerusalén, cual es el destino que le espera en esa ciudad, habla de su pasión, muerte y resurrección, va a recibir un duro reproche por parte de Pedro. Los discípulos no están dispuestos a aceptar el final del maestro Mesías que ellos siguen. Por eso Jesús pondrá condiciones para aquellos que quieran ir con él, ser sus discípulos. En este segundo domingo de Cuaresma, para explicar a sus discípulos que la muerte de la que él ha hablado, que le espera en Jerusalén, no puede poner punto final a su vida.

Dice el evangelista Mateo que Jesús ha llevado a tres de ellos a un monte muy alto. El episodio de la Transfiguración quiere hablarnos de este anuncio bueno: que la muerte no es el final, sino sólo el paso hacia la plenitud de vida, y que el amor, cuando se vive de manera generosa, nos trasfigura y nos hace capaces de manifestar la misma condición de Dios. **"Seis días después"** de haber dado el anuncia de su pasión, muerte y resurrección **"se llevó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan".** Son los discípulos más reacios a aceptar la novedad de la buena noticia. Seis días tiene que ver también con el sexto día de la creación, cuando Dios creó el hombre; ahora Mateo nos está diciendo de qué manera se puede contemplar esa creación que

llega a su fin, y que realmente está acabada, cuando el hombre manifiesta la misma condición divina.

Jesús los lleva a un monte alto, al igual que el diablo en la tercera tentación se había llevado a Jesús, a un monte altísimo, mostrándole todos los reinos y la gloria del mundo, diciendo que si se postraba ante él, habría recibido todo ese poder. El diablo quiere hacerle ver a Jesús que si quiere participar de la condición divina (eso significa subir al monte, pues el monte tenía que ver con la esfera divina) uno tiene que tener el poder y gozar de todos los poderes de este mundo. En cambio Jesús enseña todo lo contrario de lo que había dicho el diablo al llevar a estos tres discípulos a un monte alto: la condición divina no se alcanza dominando, reconociéndose como superior o conquistando los poderes de esta tierra, sino todo lo contrario. A esa condición se llega con una actitud de servicio y acogida, orientando la vida hacia el bien y la dignidad de los demás.

"Allí se transfiguró delante de ellos: su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron esplendentes como la luz." Estos son aspectos que tiene que ver con la esencia de Dios mismo. El rostro que brilla como el sol, y los vestidos que resplandecen son la misma condición divina. Jesús está mostrando a sus discípulos que esa muerte de la que él les ha hablado no les va a impedir manifestar la riqueza de amor, y esa vida que es capaz de superar a la misma muerte.

"De pronto se le aparecieron Moisés y Elías conversando con él." Moisés y Elías son los grandes personajes del pasado en la tradición de Israel. Son los pilares de esa religión que habían hablado con Dios, y habían vivido cuarenta días y cuarenta noches de ayuno, como lo que ya nos ha contado Mateo en relación al episodio de las tentaciones de Jesús. Ahora no hablan con Dios, sino que habla con Jesús, que es el Dios con nosotros. Es el único que tiene algo que decirnos que puede realmente explicarnos con su palabra las otras palabras que habían sido dichas antes por Moisés y Elías.

"Entonces intervino Pedro y le dijo a Jesús: Señor, viene muy bien que estemos aquí nosotros; si quieres hago aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías." Pedro interviene como el tentador. Es el que quiere que esa situación que se presenta se tenga siempre cogida por la tradición de Israel, que no se pierda lo que para Pedro es importante, el apego al pasado, la tradición religiosa judía. Pedro, con las chozas se refiere a una fiesta muy importante, la fiesta de las chozas, que se celebra en otoño, en el que el pueblo daba gracias a Dios por el don de la tierra, que había sido el final de un largo camino en el desierto en el que el pueblo había sentido la protección de Dios viviendo en esas chozas. Ahora esa protección en esa tierra quieren sentirla viendo que no hay enemigos, corrupción o injusticia.

En esa fiesta de las chozas se esperaba la llegada del Mesías liberador de Israel, que tenía que presentarse en la fiesta más importante para el pueblo de Israel. Esto es lo que entonces Pedro, como tentador, le propone a Jesús: quiere que Jesús se manifieste como el Mesías en referencia a Moisés, que está en el centro del grupo, aplicando la Ley. Hace referencia a Elías, el profeta observante que con mucho celo defendió, incluso con la violencia, la Ley para el pueblo.

“Todavía estaba él hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y dijo una voz desde la nube: Este es mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto. Escuchadlo.” Pedro está hablando y es interrumpido por presencia divina, esta voz que se oye desde el cielo, y la nube que los cubre con su sombra. La nube tiene que ver con la historia del desierto, el éxodo y el camino del pueblo hacia la libertad, cuando Dios manifestó su protección. Ahora se hace de nuevo presente para dar a conocer que no hace falta ninguna fiesta religiosa ni tradición en la que pedir la tradición, sino que Dios mismo la va a ofrecer a través de Jesús. Por eso dice “este es mi hijo el amado”, las mismas palabras que se pronunciaron durante el bautismo de Jesús: “Este es mi hijo el amado, a él tenéis que escuchar”. Por eso, Pedro, Santiago y Juan no tienen nada que preguntar ni a Moisés ni a Elías, los personajes del pasado. No tienen nada que decirle a la comunidad, sino que el único que tiene que hablar, y al único que se le tiene que escuchar es al hijo amado; quien realmente va a llevar acabo la liberación total de su pueblo y de su gente.

“Al oírla cayeron los discípulos de bruces aterrados. Jesús se acercó y les tocó diciéndoles: Levantaos, no tengáis miedo.” Jesús se tiene que acercar a estos discípulos que habiendo participado en algo muy extraordinario desde el punto de vista de la experiencia de la divinidad, expresaban el miedo que la religión había inculcado hacia la presencia de la divinidad. No se podía escuchar la voz de Dios o incluso acercarse a su presencia y seguir con vida. Es expresión de la religión que está viviendo que impone un abismo entre Dios y los hombres. Por eso Jesús se tiene que acercar a ellos como si fueran enfermos de una religión incapaz de dar vida de dar vida a la gente, como si fueran muertos; igual que Jesús se ha acercado para tocar los enfermos y lo muertos y levantarlos, lo mismo que dirá Jesús en el pasaje de Getsemaní, invitándolos a seguirlo, y en cambio será el momento en que estos discípulos lo abandonen ante la crisis.

“Alzaron los ojos y no vieron más que al Jesús de antes, solo.” Se quedan muy desilusionados que hayan desaparecido personajes del pasado. Les faltan los puntos de referencia. Jesús se queda solo. No solamente porque hayan desaparecido de la vista de los discípulos Moisés y Elías, sino porque Jesús va a afrontar solo su pasión y su muerte. Estos discípulos lo abandonarán. No serán capaces en seguirlo para demostrar en que consiste el amor del Padre.

Por eso Jesús al final les dice **“Mientras bajaban del cerro, Jesús les mandó: No contéis a nadie la visión. Esperad a que este Hombre resucite de la muerte.”** Por ahora no son capaces de explicar lo que ha pasado. Siguen muy apegados a la visión que tienen de un Mesías de poder. Jesús les pide a que tengan la experiencia del resucitado para poder hablar de este amor que transfigura y que comunica vida plena al ser humano.